

¿TODO EL PODER A LOS ALGORITMOS? ASISTENCIAS, DELEGACIONES Y MODULACIONES EN LA NUEVA RAZÓN GUBERNAMENTAL

ESPACIO ABIERTO

LUCAS BAZZARA - lucas.bazzara@gmail.com
Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Gino Germani

FECHA DE RECEPCIÓN: 17-1-2021
FECHA DE ACEPTACIÓN: 18-2-2021

Resumen

La relación cotidiana entre una computadora conectada a internet (de escritorio o portátil, PC, Notebook, Tablet o Smartphone) y el sujeto que interactúa es la relación entre una plataforma y un usuario, cuyo contacto se produce a través de una superficie de navegación. Por debajo del nivel del usuario el presente artículo procurará analizar, desde una perspectiva eminentemente teórica, las relaciones de poder que se ponen en juego en el entramado que configuran las relaciones entre datos, algoritmos y plataformas. Para ello se recurrirá, en primer lugar, al planteo que filósofos contemporáneos como Franco Berardi y Éric Sadin establecen en torno a la idea de “asistencias y delegaciones” que las máquinas digitales pondrían de manifiesto como nunca antes; en segundo lugar se tomará, de Gilbert Simondon y Gilles Deleuze, la noción de modulación, a través de la cual se procurará caracterizar las dinámicas actuales de las relaciones de poder; por último nos serviremos de la noción de “gubernamentalidad algorítmica” —acuñada por los investigadores belgas Antoinette Rouvroy y Thomas Berns—, debido a su riqueza a la hora de pensar las relaciones entre datos, algoritmos y plataformas y su articulación compleja con los sujetos-usuarios, no sin antes abordar la noción foucaultiana de gubernamentalidad, en la medida en que ella se encuentra en la base teórica de la propuesta conceptual de los autores belgas. Entendida la gubernamentalidad como la posibilidad de incidir sobre la vida de los demás mediante el control de las conductas, habrá que establecer entonces el modo en que se gestiona, a través de las plataformas controladas por algoritmos, el vínculo de gobierno de los sujetos.

Palabras clave: datos; algoritmos; plataformas; gubernamentalidad; modulación

ALL THE POWER TO ALGORITHMS? ASSISTANCES, DELEGATIONS AND MODULATIONS IN THE NEW GOVERNMENTAL REASON

Abstract:

The everyday relationship between a computer connected to the internet (desktop or laptop, PC, Notebook, Tablet or Smartphone) and the interacting subject is the relationship between a platform and a user, whose contact is produced through a navigation surface. Below the level of the user, this article will attempt to analyse, from an eminently theoretical perspective, the power relations that are at play in the framework that configures the relationships between data, algorithms and platforms. In order to do so, we will first of all turn to the approach that contemporary philosophers such as Franco Berardi and Éric Sadin establish around the idea of "assistances and delegations" that digital machines would bring to light as never before; secondly, we will use Gilbert Simondon and Gilles Deleuze's notion of modulation, through which we will try to characterise the current dynamics of power relations; Finally, we will make use of the notion of "algorithmic governmentality" -coined by the Belgian researchers Antoinette Rouvroy and Thomas Berns- due to its richness in terms of thinking about the relations between data, algorithms and platforms and their complex articulation with the user-subjects, but not without first addressing the Foucauldian notion of governmentality, insofar as it is at the theoretical basis of the conceptual proposal of the Belgian authors. If governmentality is understood as the possibility of influencing the lives of others through the control of behaviour, it will then be necessary to establish the way in which the link of government of subjects is managed through platforms controlled by algorithms.

Key words: data; algorithms; platforms; governmentality; modulation

34

Introducción

La relación cotidiana entre una computadora conectada a internet (de escritorio o portátil, PC, Notebook, Tablet o Smartphone) y el sujeto que interactúa es la relación entre una plataforma y un usuario, cuyo contacto se produce a través de una superficie de navegación. Eso que se presenta ante los ojos mientras se navega, y que suele ser llamado interfaz gráfica de usuario, es la representación visual de una serie de operaciones que ocurren por fuera del alcance del ojo que recorre la pantalla y del dedo que *scrollea* y selecciona los contenidos. En esas operaciones, al mismo tiempo técnicas y políticas, intervienen datos y algoritmos sobre una infraestructura computacional compleja que suele ser comprendida por medio de metáforas que evocan imágenes de redes y nubes ¿Qué papel juegan los datos que

allí circulan? ¿Cómo trabajan los algoritmos involucrados en el proceso? ¿Qué sucede cuando los contenidos se convierten en datos? ¿Qué sucede, cuando los contenidos se convierten en datos, con el sujeto que inter-actúa? Estas son las preguntas que guiarán el desarrollo del presente artículo. Por detrás y por debajo del nivel del usuario se procurará analizar las relaciones de poder que se ponen en juego en el entramado que configuran las relaciones entre datos, algoritmos y plataformas.

Para ello recurriremos, en primer lugar, al planteo que filósofos contemporáneos como Franco Berardi y Éric Sadin establecen en torno a la idea de “asistencias y delegaciones” que las máquinas digitales pondrían de manifiesto como nunca antes; en segundo lugar se tomará, de Gilbert Simondon y Gilles Deleuze, la noción de modulación, a través de la cual se procurará caracterizar las dinámicas actuales de las relaciones de poder; por último nos serviremos de la noción de “gubernamentalidad algorítmica” —acuñada por los investigadores belgas Antoinette Rouvroy y Thomas Berns—, debido a su riqueza a la hora de pensar las relaciones entre datos, algoritmos y plataformas y su articulación compleja con los sujetos-usuarios, no sin antes abordar la noción foucaultiana de gubernamentalidad, en la medida en que ella se encuentra en la base teórica de la propuesta conceptual de los autores belgas. Entendida la gubernamentalidad como la posibilidad de incidir sobre la vida de los demás mediante el control de las conductas, habrá que establecer entonces el modo en que se gestiona, a través de las plataformas controladas por algoritmos, el vínculo de gobierno de los sujetos.

Asistencias digitales, delegaciones decisionales y modulaciones comportamentales

En un equilibrio difícil entre las posturas teóricas polares de Marshall McLuhan y Paul Virilio, Franco “Bifo” Berardi se ha dedicado en el último tiempo a pensar las mutaciones tecnológicas y las transformaciones afectivas y percepto-cognitivas que aquéllas traen aparejadas. Según Berardi (2007), tanto McLuhan como Virilio comparten la centralidad de la “mediamutación” y la necesidad de estudiar sus múltiples efectos en sus planos diversos, pero mientras para Virilio las tecnologías

electrónicas han ocasionado una catástrofe (humana, urbana, planetaria), para McLuhan la catástrofe consiste en combatir y resistir las transformaciones con el espíritu pre-tecnológico propio de quienes sostienen el mito de un tiempo pasado siempre mejor. En el medio, entre ambas posiciones, Bifo sintetiza:

Hay que desligar dominio y mutación. El dominio [económico y político, de las grandes empresas mediáticas globales] debe ser erosionado, confrontado y eludido. La mutación [antropológica, que han puesto en marcha las tecnologías de la comunicación y la aceleración de la *infosfera*] debe ser atravesada, recibida y elaborada (Berardi, 2007, p. 190).

Pero si la economía de plataformas, la tecnología de *streaming* y las prácticas culturales atravesadas por algoritmos son hoy rasgos salientes de la mediamutación en curso: ¿por dónde pasa —según sus propias palabras— el “dominio”, y en qué consiste?

En un trabajo reciente que continúa la línea de sus últimas reflexiones, Berardi (2019) ofrece una respuesta concreta y categórica: se trata del principio de automatización del comportamiento. Si bien no establece explícitamente la relación entre automatización del comportamiento y algoritmización de las tecnologías, el filósofo italiano deja ver que el algoritmo es una de las claves del proceso, refiriendo implícitamente su definición: “No se pueden definir los procesos históricos en términos de problemas y soluciones. La solución de problemas sólo existe en el ámbito de las matemáticas” (Berardi, 2019, p. 113). La tendencia a la matematización de los procesos sociales a través del trabajo sobre el comportamiento consistiría entonces, según Bifo, en delegar la toma de decisiones implicada en el accionar humano en artefactos cuyo funcionamiento algorítmico —se nos dice— resolverá de manera más rápida y/o efectiva lo que sin ellos, en un entorno digital vertiginoso, comprendería un mayor consumo de tiempo y/o una resolución más deficiente. Ya desde *Generación Post-alfa* éste era el diagnóstico de Berardi (2007): “Como consecuencia de su ingobernable velocidad, los automatismos técnicos se vuelven independientes de la voluntad y de la acción humana. No hay ya posibilidad de elegir porque todo se desarrolla de prisa, porque

la atención en el tiempo está saturada” (pp. 188-189). El automatismo algorítmico se presenta así como una solución tecnológica para problemas sociales que la propia innovación técnica habría producido: en un entorno digital ultrarrápido con flujos comunicativos continuos, y mientras el día tenga 24 horas, nuestra capacidad de absorber y elaborar las ingentes cantidades diarias de mensajes en circulación se vería sobrepasada (saturada), de manera que las burbujas de filtro, los sistemas de recomendación y otros criterios maquínicos de selección y jerarquización de información se vuelven posibilidades asistenciales potables, deseadas o imperiosas. Al decir de Éric Sadin (2017), en efecto, las máquinas informáticas actuales están “consagradas a garantizar la función de *asistirnos* bajo modalidades cada vez más fiables y variadas” (p. 19), producto de lo cual asistiríamos a la emergencia de una “humanidad algorítmicamente asistida”.

Las máquinas digitales a través de sus diseños algorítmicos construyen un perfil de usuario basado en la traza de movimientos virtuales pasados, personalizan los contenidos a los que se tendrá acceso y buscan predecir movimientos, gustos e intereses futuros. De acuerdo con Berardi, la capacidad predictiva del algoritmo no sólo anticiparía y reforzaría o reorientaría el gusto, sino que de manera más general reconfiguraría y sedimentaría un paisaje cultural al interior del cual se renunciaría a cierto “control editorial” que supone un conjunto de selecciones y elecciones que pasarían a estar filtradas, organizadas y jerarquizadas externa y automáticamente. En consonancia con esta perspectiva, y en un tono algo melancólico, Sophie Freeman (2017) sostiene —a propósito de la escucha, en un estudio sobre el descubrimiento automatizado de música— que algo se perdería en el tránsito cada vez más consolidado hacia un nuevo orden tecno-cultural:

Estamos perdiendo algo en el proceso de renuncia del control curatorial a los algoritmos. Los algoritmos son potentes motores computacionales, de predicción y de filtrado, pero no tienen la ética incorporada de los editores humanos. Los algoritmos no tienen un sentido de responsabilidad cívica, sino que están diseñados para priorizar la precisión, la relevancia, la jerarquía y la conveniencia de resolver problemas en nombre de los humanos. Los algoritmos pueden

predecir una canción que les guste a los usuarios, pero no pueden entender realmente cómo esa canción los hace sentir –*traducción propia* (p. 48).

Es posible observar una afinidad de perspectiva y diagnóstico entre Freeman y Sadin, pues si éste pone el foco en la multiplicación de las asistencias digitales, lo hace para establecer un contrapunto con aquello que considera su correlato más temido, a saber, la “delegación decisional transferida a ‘agentes inteligentes”” (Sadin, 2017, p. 22), que, en última instancia, no sería otra cosa que la pérdida del control curatorial humano lamentada por Freeman. Se trata de un diagnóstico que puede ser sintetizado en la expresión “cultura algorítmica”, acuñada por el investigador norteamericano Ted Striphas (2015), para quien “los seres humanos han estado delegando el trabajo de la cultura... crecientemente a procesos computacionales. Semejante cambio altera el modo en el que la categoría cultura ha sido hasta ahora practicado, experimentado y entendido” (citado en Rodríguez, 2018, p. 19). Sadin (2017), que como hemos mencionado refiere el fenómeno como la emergencia de una “humanidad algorítmicamente asistida” que tendría por consecuencia la “administración digital del mundo”, dice en este sentido:

Nuestro presente otorga a las computadoras el singular poder de secundarnos en un amplio abanico de circunstancias, individual y colectivamente, gracias a su aptitud para procesar *con mínimos recursos y caso por caso* cantidades astronómicas de datos. Estos gigantescos procedimientos agregativos con vocación deductiva generados mediante algoritmos ad hoc están concebidos para “reducir” las contingencias u “optimizarlas”, fruto de un *conocimiento profundo y extenso* de las situaciones presentes o en germen (p. 22), [y] tienen por destino rechazar la incertidumbre de la decisión que, hasta entonces, ha sido atribuida a la responsabilidad humana, para *transferirla, delegarla* poco a poco en la inteligencia fiable de las máquinas (p. 25). Se desmorona entonces el poder de lo político basado en la deliberación y el compromiso de la decisión, para conceder progresivamente a los resultados estadísticos y a las proyecciones algorítmicas la responsabilidad de instaurar y de *decidir* las elecciones públicas. La experiencia cotidiana abandona en parte la aprehensión directa de las cosas, para su “enriquecimiento” garantizado a través de una multitud de aplicaciones cuyo fin es “iluminarla” y *orientarla* (pp. 30-31).

Más allá de la adjetivación valorativa, que en uno y otro caso interpreta la transformación como pérdida y que conecta directamente con aquel espíritu pre-tecnológico desde el cual toda tecnificación es sinónimo de decadencia, es factible pensar al sistema de recomendación algorítmica en las plataformas de *streaming*, por caso, como un desprendimiento particular de una lógica de funcionamiento general, un rasgo cultural específico en un complejo entramado tecno-social cuya cualidad más distintiva residiría, desde esta perspectiva, no solamente en una “voluntad” de automatización del comportamiento expresada en las ingentes opciones de asistencias y delegaciones digitales, sino en lo que podría ser su consecuencia más deseada: “automatizar el comportamiento por venir” (Berardi, 2019, p. 23). Esto no significaría perpetuar en el tiempo una misma tónica de comportamiento, reproduciendo en el largo plazo una identidad estable de movimientos, gustos e intereses; por el contrario, la flexibilidad, el cambio, la adaptación y la recombinación son elementos constitutivos de esta lógica en continua actualización. Habría que decir entonces, una vez aquí, que los comportamientos son modulados.

Para Simondon (2009) la modulación es una operación de adquisición de forma por parte de la materia cuya actualización “es casi instantánea” (p. 59). A diferencia del moldeado, que implica una operación de adquisición de forma con molde fijo y predeterminado, modular “es moldear de manera continua y perpetuamente variable” (p. 60). Entre las muchas definiciones y referencias a la rica noción de modulación que se pueden encontrar entre libros, cursos y conferencias de Simondon, quisiéramos agregar, por lo que tendrá de preciso para nosotros, aquella que dice que la modulación “disminuye el rendimiento de la transformación posible” (Simondon, 2016, p. 159), como “convocando al devenir que condiciona” (p. 177). Dice Simondon (2016), más precisamente, que para que haya posibilidad de modulación, hace falta una energía a modular: “es decir que la modulación implica como condición la existencia de un sistema que contiene energía potencial –por ejemplo una batería o un condensador cargados o un organismo motivado–, sistema metaestable, como convocando al devenir que condiciona” (p. 177). Por otra parte, un sistema metaestable –vale aclararlo– es

“un sistema tenso, sobresaturado, que posee un equilibrio, pero que convoca al rebasamiento de este en una nueva forma de equilibrio. Es un sistema que llama a la transformación y la prepara” (p. 177). Así entendido, la modulación tendría a su cargo la regulación y conducción de la metaestabilidad.

De este modo, la modulación comprenderá dentro de sí la posibilidad de movimiento, las oscilaciones y las dinámicas de los estados de las cosas, los flujos de transformación y los posibles devenires dentro de un sistema, para operar sobre ellos algún tipo de regulación que oriente y controle dicha transformación. Estas caracterizaciones simondonianas son empleadas por Deleuze para pensar el poder y las formas sociales. En “Posdata sobre las sociedades de control”, en efecto, el pasaje de las sociedades disciplinarias analizadas por Foucault a sociedades de nuevo cuño, que ya no estarían basadas en la centralidad de las instituciones “de encierro” sino en las tecnologías de información y en las redes de comunicación, es caracterizado por Deleuze (1999) como la transición de una lógica de moldeado a una de modulación¹: “los encierros son moldes, módulos distintos, pero los controles son modulaciones, como un molde autodeformante que cambiaría continuamente, de un momento al otro, o como un tamiz cuya malla cambiaría de un punto al otro” (p. 116). “El encierro como tecnología de poder –dice Pablo Rodríguez (2018) recordando la mutación analizada en la Posdata– está siendo reemplazado por el poder de la tecnología para superar el encierro” (p. 15). Bajo

¹No será sólo en la Posdata que Deleuze se servirá de Simondon para pensar la modulación. Así por ejemplo se lo podrá rastrear en el “Tratado de nomadología: la máquina de guerra” de *Mil Mesetas*, escrito junto a Félix Guattari. O, con otro cariz, a lo largo de *Francis Bacon. Lógica de la sensación*. Pero interesa particularmente su mención en una de las clases impartidas en Vincennes en 1981, posteriormente devenidas libro –*Pintura. El concepto de diagrama*. Allí se recurrirá a ella para dar cuenta de cómo pintar sería modular la luz, modular el color, pero como introducción al problema de la modulación, Deleuze (2007) dice: “¿Qué diferencia hay en los dos extremos, entre un molde y una modulación, entre moldear y modular? Simondon da, en su libro sobre la individuación, una diferencia muy clara. Dice que son como ‘dos extremos de una cadena’. Moldear es modular definitivamente, de una manera definitiva. Es decir, se impone una forma a una materia, la adquisición de equilibrio lleva un cierto tiempo en el moldeado, hasta que la materia llega a un estado de equilibrio impuesto por el molde. Una vez alcanzado este estado de equilibrio, desmoldamos. Hemos, entonces, modulado de manera definitiva. Pero inversamente, en el otro extremo de la cadena, si moldear es modular definitivamente, modular es moldear. ¿Pero moldear qué? Es un molde variable temporal y continuo, es moldear de manera continua. ¿Por qué? Porque una modulación es como si el molde no cesara de cambiar. El estado de equilibrio es alcanzado inmediatamente, o casi inmediatamente, pero el molde es lo variable” (pp. 155-156).

esta nueva lógica el poder es dinámico, fluido y en constante movimiento. Ya no habría, de esta suerte, un modelo (a seguir), patrones de conducta que prescriban el comportamiento normal esperado, lo que hay son conductas incesantemente retroalimentadas por y para una pluralidad de nuevos sistemas automáticos, conductas que —lo veremos— se tratará de predecir, inducir y conducir, es decir, modular.

A esta forma descentrada, oscilante y autodeformante de administración tecnológica del *socius* los investigadores belgas Antoinette Rouvroy y Thomas Berns (2016) la llaman “gubernamentalidad algorítmica”, a la que definen como “un cierto tipo de racionalidad (a)normativa o (a)política que reposa sobre la recolección, la agrupación y análisis automatizado de datos en cantidad masiva de modo de modelizar, anticipar y afectar por adelantado los comportamientos posibles” (p. 96). Dicho de otro modo, se trata de una nueva forma de gobierno (informacional), sustentada en el empleo generalizado de la combinación del *Big data* (esto es, la recolección y almacenamiento automatizado de una enorme cantidad de datos que los individuos suministran en cada interacción) con el *Data mining* o minería de datos (es decir, el análisis automatizado de esos datos de modo tal que se puedan obtener correlaciones entre ellos), con la finalidad de elaborar algorítmicamente perfiles de los individuos en base a sus comportamientos anteriores y modular (sugerir, recomendar, incidir, anticipar) desde allí sus comportamientos futuros. La categoría propuesta por Rouvroy y Berns pretende actualizar la noción foucaultiana de *gubernamentalidad*, desarrollada en los cursos impartidos en el *Collège de France* hacia finales de la década de 1970, así como en conferencias y entrevistas que pivotean entre los últimos años setenta y los primeros ochenta. Por eso será conveniente detenernos por un momento en la noción de gubernamentalidad propuesta por el filósofo francés, antes de volver al texto de los investigadores belgas.

La noción de gubernamentalidad en Foucault

En *Seguridad, territorio, población* Foucault (2006) dice:

Entiendo [por “gubernamentalidad”] el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esa forma bien específica, aunque muy compleja, de poder que tiene por blanco principal la población, por forma mayor de saber la economía política y por instrumento técnico esencial los dispositivos de seguridad. Segundo, por “gubernamentalidad” entiendo la tendencia, la línea de fuerza que, en todo Occidente, no dejó de conducir, y desde hace mucho, hacia la preeminencia del tipo de poder que podemos llamar “gobierno” sobre todos los demás: soberanía, disciplina, y que indujo, por un lado, el desarrollo de toda una serie de aparatos específicos de gobierno, [y por otro] el desarrollo de toda una serie de saberes. Por último, creo que habría que entender la “gubernamentalidad” como el proceso o, mejor, el resultado del proceso en virtud del cual el Estado de justicia de la Edad Media, convertido en Estado administrativo durante los siglos XV y XVI, se “gubernamentalizó” poco a poco (p. 136).

Un Estado gubernamentalizado o en vías de gubernamentalización es, para Foucault (2006), un tipo de lógica administrativa que no se ocupará centralmente de la protección del territorio sobre el que tiene que regir, sino que lo hará sólo secundariamente en función del gobierno de las cosas y de los hombres y mujeres que habitan ese territorio; que no buscará instalar el imperio de la ley, a la manera en que una monarquía absoluta somete a sus súbditos a ella, sino que se servirá de tácticas y técnicas de intervención para guiar, orientar o conducir las conductas de la población en base a un conjunto de análisis sobre los que se podrá extraer saberes estadísticos —es decir, la población entendida “como un dato” (p. 135)—. “Las artes de gobernar”, insiste Foucault (2006), que empiezan a cobrar consistencia en Europa en los siglos XVII y XVIII, habían sido objeto de teorías y tratados desde el siglo XVI, y antes de convertirse en una puesta en práctica estatal se manifestaron, en una especie de “preludio a la gubernamentalidad” (p. 219), como un poder de tipo pastoral (cuyo origen remitiría al Oriente precristiano, luego introducido en el mundo occidental a través de la iglesia católica), caracterizado como un “gobierno de las almas” que se ocupa al mismo tiempo de lo colectivo y de lo individual: *omnes et singulatim*, es decir, un gobierno centrado en la totalidad tanto como en cada uno de sus individuos, tal como el pastor debe

tener los ojos puestos en el conjunto del rebaño a la vez que en cada una de las ovejas. Que el Estado se gubernamentalice quiere decir, para Foucault, que pasa a poner en juego un tipo específico de racionalidad política, una racionalidad propiamente gubernamental a través de la cual el Estado buscará funcionar y desplegarse como una fuerza individualizante y totalizante, es decir cuyo poder será ejercido de forma individualizada pero para la integración de los individuos en el todo social.

El Estado moderno se apropiará entonces de las técnicas del gobierno pastoral cristiano [producto de lo cual –sugiere el investigador argentino Edgardo Castro (2019)– se asiste a una laicización y multiplicación del ejercicio del poder según la modalidad del pastor; así como en cierto modo se “pastoraliza” la política y la sociedad], pero las subordinará a la racionalidad propia del Estado y a sus objetivos, racionalidad que tomará forma, insiste Foucault (1996), en dos cuerpos de doctrina: “La razón de Estado”, que “intentó definir en qué diferían los principios y los métodos del gobierno estatal, por ejemplo, de la manera en que Dios gobernaba el mundo, el padre su familia, o un superior su comunidad” (p. 45), y “La teoría de la policía”, que “definió la naturaleza de los objetos de la actividad racional del Estado; definió la naturaleza de los objetivos que éste persigue, la forma general de los instrumentos que emplea” (p. 45). Si la razón de Estado apunta a establecer un saber estadístico², a constituir “un saber concreto, preciso y medido que se refiera a la potencia del Estado” (p. 51), la teoría de la policía (término cuyo sentido era muy diferente al actual en los siglos XVII y XVIII, que por entonces refería al conjunto de las tecnologías de poder por medio de las cuales un Estado procura mantener el orden acrecentando sus fuerzas³, y que tiene por

²Dice Foucault (2006): “Etimológicamente, la estadística es el conocimiento del Estado, el conocimiento de las fuerzas y los recursos que en un momento dado caracterizan un Estado. Por ejemplo: conocimiento de la población, medida de su cantidad, medida de su mortalidad, de su natalidad, estimación de las diferentes categorías de los individuos pertenecientes al Estado con su riqueza respectiva, cálculo de las riquezas virtuales de que dispone el Estado: las minas, los bosques, etc., estimación de las riquezas producidas, estimación de las riquezas circulantes, cálculo de la balanza comercial, medición de los efectos de las tasas y los impuestos; todos estos datos y muchos otros constituirán ahora el contenido esencial del saber del soberano” (p. 320).

³Ahora bien –continúa Foucault (2006) –, ¿cómo puede establecerse la estadística? Justamente a través de la policía, pues ésta, en cuanto arte de desarrollar las fuerzas, supone que cada Estado

verdadero objeto a los hombres) “debe garantizar la comunicación entre los hombres, en el sentido amplio del término. Sin lo cual los hombres no podrían vivir; o sus vidas serían precarias, miserables y perpetuamente amenazadas” (p. 55); este poder de policía se efectúa, finalmente, “mediante el control de la comunicación, es decir, de las actividades comunes de los individuos (trabajo, producción, intercambio, comodidades)” (Foucault, 1996, p. 56).

Cuando, en la segunda mitad del siglo XVIII, este modelo de gobierno, dirigido *omnes et singulatim* y sustentado en la producción de conocimiento estadístico y en el poder de garantizar y a la vez controlar la comunicación y la circulación (de las mercancías, de los individuos, de los acontecimientos y eventualmente del deseo), se cruce con —o bien, cuando sea atravesado por— las ideas del liberalismo económico, quedarán planteadas una serie de transformaciones en la forma de la razón gubernamental⁴ que supondrán, básicamente, una autolimitación en la acción de gobierno, una autolimitación cuyo principio será el “dejar hacer” al mercado, y que procurará minimizar las formas de intervención maximizando su eficacia de regulación. Así, y desde entonces, poder y libertad quedarán ligados —ésta como un elemento correlativo al ejercicio de aquél— bajo una misma racionalidad. Esta nueva razón gubernamental (*omnes et singulatim*, estadística, comunicacional y liberal) tenderá a promover la acción, la iniciativa y el libre movimiento de los gobernados, pues la libertad se convierte en “un elemento indispensable para la gubernamentalidad misma” (Foucault, 2006, p. 404). O dicho con otras palabras: dejar hacer y dejar pasar las conductas libremente, en un rango

identifica con exactitud sus posibilidades y sus virtualidades. La policía hace necesaria la estadística, pero también la hace posible. Pues el conjunto de los procedimientos introducidos para acrecentar las fuerzas, combinarlas, desarrollarlas, todo ese conjunto administrativo, en suma, será precisamente el que permita señalar en cada Estado en qué consisten las fuerzas y dónde se encuentran las posibilidades de desarrollo” (p. 361).

⁴“La razón económica no comenzaba a sustituir la razón de Estado, pero sí le daba un nuevo contenido y, por consiguiente, asignaba nuevas formas a la racionalidad estatal. Nueva gubernamentalidad que nace con los economistas más de un siglo después de que la otra gubernamentalidad apareciera en el siglo XVII. Gubernamentalidad de los políticos que va a darnos la policía, gubernamentalidad de los economistas que, creo, va a servir de introducción a algunas de las líneas fundamentales de la gubernamentalidad moderna y contemporánea” (Foucault, 2006, pp. 398-399).

de acción gestionado y regulado. De allí que Foucault (2001) defina la acción del gobierno de la siguiente manera:

Gobernar no sólo cubre las formas legítimamente constituidas de sujeción política o económica, sino también modalidades de acción más o menos consideradas y calculadas, orientadas a actuar sobre las posibilidades de acción de los otros. Gobernar, en este sentido, es estructurar el posible campo de acción de los otros (p. 253).

Estructurar y gestionar el posible campo de acción para liberar el accionar en su interior. Gobernar es así “la acción sobre acciones”, “conducir conductas”, siempre que entendamos la conducción como una regulación de rangos y las conductas como los comportamientos liberados al interior de esos rangos. Esto es exactamente lo que constituye la definición de la modulación, tal como Deleuze la toma de Simondon, pues “para Simondon, modular no es dar una orden, ni imponer un código, sino establecer rangos de acción posibles”⁵ (Rodríguez, 2019, p. 366).

Así las cosas, quedaría por determinar la modalidad de acuerdo con la cual el posible campo de acción es gestionado. Y es allí que Foucault (2006) introduce la noción de “dispositivos de seguridad”, los cuales sólo podrán funcionar bien “con la condición de que se dé algo que es justamente la libertad, en el sentido moderno que esta palabra adopta en el siglo XVIII” (p. 71), es decir, siempre según el autor: “ya no las franquicias y los privilegios asociados a una persona, sino la posibilidad de movimiento, desplazamiento, proceso de circulación de la gente y las cosas” (p. 71). La “seguridad”, si bien es parcialmente coetánea y complementaria de la “disciplina”, se diferenciará sin embargo de ella, pues contrariamente a su

45

⁵Dice Rodríguez (2019): “Aquello que Foucault veía en el siglo XVIII se expresa ahora en la modulación de Deleuze y Simondon, dependiente a su vez del espacio de definición cibernético-sistémico” (p.368). Pero inmediatamente precisa: “Se trata de una actividad similar, pero la seguridad del siglo XVIII era apenas parte de un discurso gubernamental, esto es, una propuesta de gubernamentalidad realizada por figuras de gobiernos que aspiraban a controlar poblaciones sin que existiera siquiera el telégrafo. En comparación con ese discurso, las sociedades de control presentan redes técnicas de interconexión que ‘absorben’ y así configuran el espacio-tiempo social de manera concreta, no como desiderátum de gobierno, y lo hacen gracias al espesor epistémico adquirido por la información y la comunicación” (p. 368).

materialización en los espacios institucionales de encierro se desplegará (centrífugamente, dice Foucault) sobre circuitos amplios, abiertos y en movimiento, así como, por otra parte, trabajará sobre los datos, sobre los cálculos, sobre las probabilidades y sobre los acontecimientos, no para propiciar que ocurran, no para evitar que ocurran, sino para captarlos allí donde ocurren y regularlos partiendo de la realidad misma de su ocurrir. O en palabras del propio Foucault (2006):

En el dispositivo de seguridad... se trata justamente de no adoptar ni el punto de vista de lo que se impide ni el punto de vista de lo que es obligatorio, y tomar en cambio la distancia suficiente para poder captar el punto donde las cosas van a producirse, sean deseables o indeseables. En resumen, se intentará aprehenderlas en el nivel de su naturaleza o, mejor dicho..., en el plano de su realidad efectiva. Y el mecanismo de seguridad va a funcionar a partir de esa realidad, al tratar de utilizarla como punto de apoyo y hacerla actuar, hacer actuar sus elementos en relación recíproca. En otras palabras, la ley prohíbe, la disciplina prescribe y la seguridad, sin prohibir ni prescribir, y aunque eventualmente se dé algunos instrumentos vinculados con la interdicción y la prescripción, tiene la función esencial de responder a una realidad de tal manera que la respuesta la anule: la anule, la limite, la frene o la regule (pp. 68-69).

46

Controlar el acontecimiento dejando que suceda, regulando las condiciones de su acontecer. Esto sería aprehender las cosas en el nivel de su naturaleza, en el plano de su realidad efectiva. Dejar “el campo libre a los procesos oscilatorios”, agrega Foucault (2007), optimizando “los sistemas de diferencias”, en los que haya “una acción no sobre los participantes del juego, sino sobre las reglas del juego” (p. 303). Estos son, para Rouvroy y Berns, los principios gubernamentales sobre los que se levantan las técnicas y las tácticas de regulación de la vida social actual, en tanto vida conectada y redificada, de tal suerte que, como apunta Pablo Rodríguez (2018), “esta gubernamentalidad *omnes et singulatim* es realizada hoy a través de los dispositivos digitales, que habrán mancomunado la estadística (razón de Estado) y el control de la comunicación (poder de policía) en una situación de procesamiento social generalizado” (p. 24).

La nueva razón gubernamental: entre datos, algoritmos y perfiles

La gubernamentalidad algorítmica, así, corresponde demasiado bien a lo que Foucault apuntaba con el concepto de dispositivo de seguridad, señalan Rouvroy y Berns (2016). En efecto, el gobierno por los algoritmos se desplegaría centrífugamente, sin ataduras espaciales, y deslizándose imperceptiblemente al ritmo de los flujos redificantes de información. Y si decimos que se desplaza de manera imperceptible es por el hecho de tratarse, tal como lo conciben los investigadores belgas (2016), de un tipo de racionalidad “(a)normativo y (a)político”. Veamos por qué: se trata de un modo de gobierno definido como “(a)normativo y (a)político” porque, en cuanto a lo primero, produce un saber en base a una estadística de usos particulares de los que no parecería desprenderse una norma general: el perfil construido sobre las correlaciones empleadas de los datos del individuo toma en cuenta “lo que cada individuo tiene de más particular, de más alejado de los grandes números, de las medianas” (p. 95); es decir, una normatividad en apariencia desprovista de referencia a generalizaciones: “una aparente individualización de la estadística (con la evidente antinomia que esto implica), que ya no transitaría (o no parecería transitar) por referencias al hombre medio” (p. 96), y que se desarrollaría “como si estuviéramos de acuerdo, puesto que es en tanto que cada uno de nosotros es único que el modo de gobierno por los algoritmos pretende dirigirse a cada quien según su perfil”; pero —insisten— “más que un acuerdo, o incluso que un consenso, lo que enfrentamos depende de la adhesión por defecto a una normatividad tan inmanente como la vida misma” (p. 97). Lo que nos lleva a lo segundo, pues si se trata de un modo de gobierno “(a)político” es precisamente por esa adhesión por defecto a una norma de tal grado inmanente que se presenta como alejada de toda finalidad, de toda intencionalidad, de todo poder, y apenas como “adaptándose cada vez más a nuestra propia realidad” (p. 96).

Que los datos sean infra-individuales (pues remiten a un individuo a través de la confección de un perfil pero sólo *a posteriori* de las correlaciones y análisis de los datos), a-significantes (pues hacen sentido sólo en la medida de su correlación), y por consiguiente inofensivos y objetivos (pues debido a sus cualidades tienden a

evitar la interpelación subjetiva), constituye —remarcan los autores— “el olvido de la opción política” (p. 94), lo que se podría traducir como una nueva forma de politicidad:

El hecho de que se haga todo lo posible para que estos datos se recojan y conserven por defecto, que estén desligados de todo verdadero conocimiento de las finalidades de la recolección de información, es decir de los usos a los que habrán de dar lugar una vez que se los correlacione con otros datos, que consisten en informaciones antes abandonadas que cedidas, huellas que quedan más que datos transmitidos, pero sin por ello aparecer como “robados”, que aparezcan asimismo como absolutamente cualesquiera y dispersos: todo esto da lugar a una evacuación, o por lo menos a un velamiento de toda finalidad, a una minimización de la implicación del sujeto, y por lo tanto a la posibilidad de que esta comunicación de informaciones sea consentida (Rouvroy y Berns, 2016, p. 92).

Es justamente allí, en la minimización de la implicación del sujeto, producida por la recolección, análisis y perfilización por medio de los datos, que la gubernamentalidad algorítmica se comprende como tecnología de poder. Los sujetos usuarios interactúan con plataformas, que traducen esas interacciones en datos que interactúan con algoritmos, los que a su vez interactúan con perfiles que remiten a sujetos usuarios. Es por esta razón que Rouvroy y Berns (2016) enfatizan sobre “la indiferencia de este gobierno algorítmico ante los individuos” (p. 103), en tanto se interesa primaria y directamente por los datos, sus correlaciones y por los perfiles automáticamente construidos y atribuidos, y no por los individuos en tanto “seres singulares”, de modo que habría una evitación del sujeto, toda vez que esta gubernamentalidad se alimenta “de datos infra-individuales insignificantes por sí mismos, para ejecutar modelos de comportamiento o perfiles supra-individuales, sin apelar jamás al sujeto, sin pedirle jamás al sujeto que explique qué es lo que es y qué es lo que podría devenir” (p. 97). Así señalizadas las cosas, las acciones normativas —inmanentes, como vimos— no entrarían en relación directamente con el sujeto, sino a través de su doble estadístico informático —eso que Deleuze llamaba, en la Posdata, “dividuo”—. Porque será a través del perfil que se articularán las relaciones, las interpelaciones y las recomendaciones —perfil al que,

como sugiere Flavia Costa (2017), se incitará al sujeto a parecerse, de tal suerte que habría que pensar en una relación que sería al mismo tiempo de tensión e imbricación, de identificación y diferenciación, entre sujeto y perfil, entre individuo y dividido—. A este respecto Pablo Rodríguez (2019) apunta que:

Los resultados de los algoritmos deberán ser confirmados por el mismo individuo que espera de los algoritmos un conocimiento mayor de su propia existencia, o la de su perfil. Es allí, en ese acercamiento asintótico entre individuo y perfil donde radica el verdadero interés y potencia del proceso completo. Los procedimientos de identificación se vuelven mucho más sutiles y dinámicos que en los tiempos anteriores a la gubernamentalidad algorítmica (p. 459).

La consecuencia de esta indiferencia o evitación, que al decir de Rouvroy y Berns (2016) lleva a “gobernar los comportamientos sin preocuparse directamente por los individuos” (p. 112), sería la emergencia de un fenómeno de transformación y “rarefacción” de los procesos de producción de subjetividad, de acuerdo con el cual “uno se volvería progresivamente su propio perfil automáticamente atribuido y evolutivo en tiempo real” (p. 96). Y es aquí dónde y cómo se cuele el poder subjetivante en la razón gubernamental algorítmica, “a través de los múltiples ‘perfiles’ que le son asignados, por lo general automáticamente, sobre la base de las huellas digitalizadas de su existencia y de sus trayectorias cotidianas” (Rouvroy y Berns, 2016, p. 98). Con la elaboración algorítmica de perfiles (de usuario, de consumidor, de cliente, de trabajador, de ciudadano, de potencial estafador o terrorista, etc.) para la inferencia y anticipación de los comportamientos individuales asistiríamos entonces a una nueva forma de modulación social: personalizada al mismo tiempo que indiferente ante la persona, a distancia y en tiempo real.

El factor subjetivante puesto en juego en y por esta dinámica de poder supone —siempre siguiendo a los investigadores belgas— que “todo sujeto es por sí mismo una multitud, pero es múltiple sin alteridad, fragmentado en cantidad de perfiles que remiten a ‘él mismo’, a sus propensiones, a sus supuestos deseos, a sus oportunidades y a sus riesgos” (Rouvroy y Berns, 2016, p. 115). Esta multitud redundante de iguales fragmentos sin alteridad —concluyen— ahoga la

“heterogeneidad de órdenes de magnitud”, la “multiplicidad de regímenes de existencia”, “oprimiendo y clausurando lo real (digitalizado) sobre sí mismo” (p. 91). Se diría entonces, según hemos visto, que no se trata de homogeneizar las formas de vida, sino de heterogeneizarlas tanto como sea posible (multiplicarlas), al precio de producirlas y desearlas sobre un mismo plano de realidad (sin alteridad). Ni más ni menos que aquello que Foucault (2007) llamaba la “optimización de los sistemas de diferencias”, técnica de gobierno que no actúa directamente sobre el individuo sino sobre sus acciones posibles. Una vez más, en la estela del análisis foucaultiano de la gubernamentalidad liberal: el poder como el reverso de la libertad, la libertad como el anverso del poder.

Los sistemas de recomendación: personalización, anticipación y retroalimentación

Así las cosas, volvamos entonces, por un momento, a la frase de Foucault, aquella según la cual será preciso “captar el punto donde las cosas *van* a producirse”, clave gubernamental de los dispositivos de seguridad según el filósofo francés, y cuyo significado implicaría tanto dejar que las cosas sucedan como anticiparse a ellas. Pues bien, los sistemas de recomendación, consolidados en la actualidad en una diversidad de campos que incluye su aplicación en materia de música, películas, electrodomésticos o incluso una recomendación de amistad, se han transformado en un imán sigiloso cuya atracción redundante en un creciente volumen de usuarios para aquellas plataformas que los implementan. La función principal de estos sistemas es la de filtrar información, es decir, desestimar los datos considerados irrelevantes en relación al perfil del usuario para, desde allí, establecer la recomendación. Desde las recomendaciones culturales (música, películas, libros, noticias, gastronomía, etc.) hasta las recomendaciones relativas al ámbito de la salud, la educación o las finanzas, un sinnúmero de actividades propias de la vida cotidiana pueden ser experimentadas “a medida”. En este marco, Celia Lury y Sophie Day (2019) lanzan una hipótesis de fuste: la nuestra es la era de la personalización —aunque, desde luego, no se trata de cualquier modo de personalización sino, precisamente, de la personalización algorítmica—. Personalización sin persona, se podría decir, si retomamos los postulados de

Rouvroy y Berns sobre la “evitación” del sujeto o la “indiferencia” ante el individuo: personalización dividida.

Se diría que las predicciones que resultan del análisis algorítmico se ofrecen al usuario como recomendaciones, o bien que las recomendaciones funcionan como predicciones. El —tal vez a esta altura ya célebre— “Si te gustó X también te gustará Y” (fórmula que se podría traducir como “Si tus comportamientos fueron éstos es probable que orientes tu conducta en esta dirección”) es un cruce de temporalidades que anida en una sugerencia el presente (que es el tiempo de la recomendación), el pasado (en tanto recopilación y análisis de inter-actividades previamente realizadas o micro-comportamientos ejecutados) y el futuro (en tanto busca anticiparse a un posible devenir). La predicción no está destinada a ser cumplida como una profecía, sino a convertirse en la base de una nueva predicción, pues en la medida en que el individuo (sujeto perfilizado) entra en relación con aquello que es recomendado se generan nuevos datos que servirán a una recomendación posterior, esta vez probabilísticamente más precisa. Así, las predicciones algorítmicas son datos de salida que operan como eventualidades anticipadas a raíz del tratamiento retroactivo de los datos de entrada.

51

Las recomendaciones predictivas o anticipativas, por último, no tratarían tanto de capturar el acontecimiento, o de conjurarlo (como sostiene el colectivo Tiqqun), como de conducirlo, pero no por un camino diseñado *a priori* por el que se busca hacer pasar al sujeto, que habría de adaptarse a límites, curvas y señalizaciones previamente distribuidas, sino a través de la inserción en un trayecto construido en tiempo real al compás del despliegue del acontecimiento. En todo caso, si se apuesta por sostener la hipótesis de Tiqqun, se diría que se induce una captura del acontecimiento vía su canalización. En otro registro, de esto que podría sintetizarse como el pasaje de la gubernamentalidad liberal a la gubernamentalidad algorítmica, Rouvroy y Berns (2016) dirán: “ya no se trata de excluir lo que se sale del promedio, sino de evitar lo imprevisible, de procurar que todas las personas sean realmente ellas mismas” (p. 96).

Se podría decir que ese pasaje, el del gobierno liberal al gobierno algorítmico, Tiquun (2013) lo conceptualizará —en los años de transición entre el siglo XX y el siglo XXI, es decir, antes de la algoritmización de las prácticas de aplicaciones y plataformas— como la suplantación de “la hipótesis liberal” por “la hipótesis cibernética”, instalada tras la Segunda Guerra Mundial, cuyo modelo “se esconde tras los nombres de Internet, de nuevas tecnologías de comunicación y de información, de ‘Nueva Economía’ o de ingeniería genética” (p. 27), y caracterizada por proponer “que se conciban los comportamientos biológicos, físicos, sociales como integralmente programados y reprogramables” (p. 29). De una forma muy precisa, dicen, “se representa cada comportamiento como ‘piloteado’, gobernado, en última instancia, por la necesidad de sobrevivir en un ‘sistema’ que lo hace posible y al que tiene que contribuir” (p. 29). Para Tiquun (2013), el gesto cibernético, que inspira “la nueva gubernamentalidad que emerge”, consiste en conjurar todo aquello que escape a la regulación: “conjuración del acontecimiento” y “organización de la retroacción” serán el *santo y seña* del gobierno cibernético, lo cual sólo será posible desarrollando “una coordinación racional de los flujos de informaciones y de decisiones que circulan en el cuerpo social” (p. 32). Esta coordinación racional estará a cargo —dice Tiquun en una clara inspiración deleuziana— de dispositivos de control nómades que vienen a reemplazar a las formas sedentarias de vigilancia institucionalizada; “dispositivos de trazado”, lo llaman, y se deja entrever en ese nombre la cercanía conceptual entre las propiedades más arriba mencionadas de los “dispositivos de seguridad” según Foucault y “las formas ultrarrápidas de control al aire libre” analizadas por Deleuze, las cuales corresponderían —tal como lo afirma en una entrevista que le hace el filósofo italiano Antonio Negri— a las “sociedades de control o de comunicación”. Finalmente —y aquí podría yacer el diferencial del aporte del colectivo—, aquello de lo que se ocupará la cibernética (en tanto discurso científico-técnico que pregna en el campo social y deviene proyecto político, gubernamental) ya no será la previsión del futuro, sino la reproducción del presente, que no sería otra cosa que un capitalismo *cibernetizado* —se podría argumentar aquí que la previsión del futuro puede comprender en su seno la reproducción del presente, y

de ser así, la mayoría de los autores citados en este artículo estarían orientados en la misma dirección crítica, pero es justamente Tiquun (2013) quien, poniendo el énfasis en lo segundo, declara abiertamente que “a la hipótesis cibernética no hay que criticarla, hay que combatirla y vencerla” (p. 28)—.

Aquella afinidad conceptual entre los dispositivos de seguridad foucaultianos y la sociedad de control o de comunicación deleuziana quedará reforzada en un texto breve que Foucault publica hacia finales de la década de 1970, en el medio de sus investigaciones sobre la “historia de la gubernamentalidad”, y cuyo título es “Nuevo orden interior y control social”. Allí, a la luz de los problemas crecientes y de diversa índole que por entonces afrontaba el alicaído Estado de Bienestar, Foucault (1991) observa y anticipa la necesidad gubernamental de un “repliegue aparente del poder”, basado en el desarrollo de un “sistema de información general” y en la constitución de, según afirma:

Un consenso sustentado en toda una serie de controles, coerciones e incitaciones que pasa a través de los *mass media*, y que, en cierta forma, y sin que el poder tenga que intervenir por sí mismo, sin que tenga que pagar el costo muy elevado a veces del ejercicio del poder, va a significar una cierta regulación espontánea que hará que el orden se autoengendre, se perpetúe, se autocontrole a través de sus propios agentes (p. 166).

Hoy, cuarenta años después de la escritura de este breve texto de Foucault, podríamos calibrar la mención a los *mass media* y ampliarla y adaptarla a las nuevas formas tecnológicas de vida, conectadas, redificadas y algorítmicamente asistidas, a la luz de los avances en materia de telecomunicaciones, informática y cibernética, pero el espíritu de la cita parecería conservar su actualidad. Nuevo orden interior y control social: otra manera de decir del *omnes et singulatim* informacional.

Recapitulando, para Franco Berardi (2019), con quien comenzábamos el presente trabajo, el poder es una forma que emerge “entre muchas otras formas posibles y luego se convierte en una *Gestalt*, un formato que se impone a la percepción de la realidad circundante”, “un código perceptual: una forma que genera formas” (pp.

113-114). Este poder, en la lectura que hace Deleuze de Simondon, se manifestaría hoy como una forma autodeformante y descentrada, reajutable o continuamente actualizada, que opera como un proceso de control social en dispersión a través de la modulación de los comportamientos vía dispositivos de información. Asimismo, esta forma-flujo se alimenta, de acuerdo con Rouvroy y Berns, de grandes masas de datos que almacena y analiza algorítmicamente para generar perfiles —plásticos y múltiples— en virtud de los cuales anticipar (inter)acciones o conductas futuras. Todo ello, finalmente, en un entorno conectado y redificado en el que los individuos nómades comparten sus datos libremente por medio de objetos técnicos digitales portátiles: movilidad, conectividad, portabilidad, individualidad y libertad constituyen así una serie.

Si el trasfondo operativo de esta Gestalt (polimorfa, gaseosa, evanescente) era para Bifo “automatizar el comportamiento por venir”, no se encuentra muy alejado de Rouvroy y Berns (2016) cuando postulan: “El campo de acción de este ‘poder’ ya no se sitúa en el presente, sino en el futuro. Esta forma de gobierno recae esencialmente sobre lo que podría advenir, sobre las propensiones antes que sobre las acciones cometidas” (p. 106). El proceder gubernamental algorítmico, de esta suerte, no solamente “capta lo posible en lo actual, produciendo una ‘realidad aumentada’, una actualidad dotada de una ‘memoria del futuro’”, sino que también, a través de su normatividad inmanente, nos presenta “un posible que nos corresponda y en el que los sujetos no tendrían cómo no deslizarse” (p. 106) —a lo que cabría agregar, si recordamos a Tiqqun, que una forma tal de gobierno tendría por objetivo y como motor la reproducción del presente. Modelo de conducción de las conductas, en síntesis, que se pretende automático, y orientado a la eliminación del azar o la incertidumbre, a través de la búsqueda probabilísticamente predictiva del devenir, vía la anticipación de los comportamientos futuros basada en la estadística de los comportamientos pasados, y por medio de la cual se construyen perfiles individuales personalizados y retroalimentados en pos de la (auto)regulación de las posibilidades de acción—. O como dice Rodríguez (2019), con una clara resonancia gubernamental: “gestión infocomunicacional de las singularidades” (p. 473). Todo sucede como si se tratara de atar el potencial de

futuros alternativos a nuestros comportamientos anteriores, licuándolo en un sinfín de opciones, ofertas y recomendaciones, sobre un fondo de mismidad ontológica.

Ahora bien, en el fondo, en ese fondo que se pretende igual a sí mismo a fuerza de variación continua, una diferencia siempre se actualiza: entre dominio y mutación, entre control y devenir, entre recomendación y acción. Incluso en la gubernamentalidad más efectiva, y aún en el reconocimiento de que, como bien señalan Costa y Rodríguez (2010), “el liberalismo es la racionalidad política de un sistema de gobierno que se apoya en la libertad, y por lo tanto en la paradoja de sujetos que, cuanto más libres, más gobernados; y cuanto más gobernados, más libres” (p. 11), incluso allí, no habrá de olvidarse “lo que constituye a los individuos en los procesos de individuación que les son propios, con todos los momentos de espontaneidad, los acontecimientos, los pasos al costado con respecto a los posibles anticipados, que prevalecen en estos procesos” (Rouvroy y Berns, 2016, p. 105). Pero esto último sería ya materia de análisis para otro trabajo.

Conclusión

Como nueva razón de gobierno (informativa), la gubernamentalidad algorítmica se sustenta en el empleo generalizado de la combinación del *Big data* (recolección y almacenamiento automatizado de ingentes volúmenes de datos que los individuos suministran en cada interacción de plataforma) con el *Data mining* (minería o extracción de los datos para su análisis automatizado de modo tal que se puedan obtener correlaciones entre ellos), con la finalidad de elaborar algorítmicamente perfiles de los individuos en base a sus comportamientos anteriores para modular (sugerir, recomendar, incidir, anticipar) sus comportamientos futuros (de aquí que se la piense como una forma de poder más interesada en las propensiones que en las acciones cometidas, y cuyo campo de acción se situaría más en el futuro que en el presente). Modular los comportamientos, según lo vimos tanto en Simondon como en Deleuze, no es dar una orden o imponer un código, sino establecer los rangos de acción posibles. Esta

concepción, afín a la definición de gobierno y gubernamentalidad en Foucault —de donde proviene la noción de gubernamentalidad algorítmica—, supone modalidades de acción ejercidas no directamente sobre los cuerpos, sino sobre el campo de acción al interior del cual los cuerpos y sus comportamientos tienen lugar. De manera que, así entendida, la modulación de los comportamientos, efectuada por medio de dispositivos de información y sin ataduras espaciales, sobre circuitos amplios, abiertos, continuos y en movimiento (a diferencia de lo ocurrido en los tiempos de los moldes disciplinarios), supone dejar hacer y dejar pasar las conductas libremente, en un rango de acción gestionado y regulado. Es decir que se trabajará sobre los datos, sobre los cálculos, sobre las probabilidades, y desde allí sobre los acontecimientos, no para propiciar que ocurran, no para evitar que ocurran, sino para captarlos allí donde ocurren y regularlos partiendo de la realidad misma de su ocurrir: controlar el acontecimiento dejando que suceda, regulando las condiciones de su acontecer.

Si de una parte lo que hay es una evitación del sujeto vía su perfilización, de la otra, la libertad se constituye como el reverso del poder. Si de una parte las formas a través de las cuales este poder se expresa son formas reticulares y nómades, en tanto se materializan en máquinas informáticas y digitales que se articulan en términos de redificación social y movilidad conectiva, de la otra, son también formas lábiles, en cuanto tienden a invisibilizarse en flujos de información e instrucciones matemáticas. Lo que se llama una forma verdaderamente *soft* de poder. O como dicen Rouvroy y Berns: (a)política y (a)normativa.

De lo que se trata entonces, en la gubernamentalidad algorítmica, es de la gestión infocomunicacional de las singularidades, es decir, de la regulación y el control a distancia y en tiempo real de los comportamientos a través de dispositivos digitales personalizados y retroalimentados, para la producción de un orden social e individual (*omnes et singulatim*) espontáneo y autoengendrado, tal como lo imaginaba la teoría cibernética. De allí la advertencia de autores como Berardi, Sadin o el colectivo Tiqqun, para quienes la brújula algorítmica con la que se nos asiste para navegar los mares informáticos podría convertirse, en el límite, en el propio piloto comandando la nave. Pero también está la otra advertencia, aquella

que partiendo de reconocer las relaciones de fuerzas emergentes y crecientes alrededor de los datos, los algoritmos y las plataformas, llama a no olvidar que nunca se trata de entes autónomos separados en islotes técnicos que se imponen desde afuera a un hábitat cultural que sería extra-técnico, sino de fuerzas que se imbrican en un campo social sobre el que se despliegan. Es la advertencia de Deleuze, que instaba a “buscar nuevas armas” en lugar de esperar o de temer —nuevas armas que no podrán ser concebidas sino por nuevos modos de subjetivación—.

¿Cómo se cita este artículo?

BAZZARA, L. (2021). ¿Todo el poder a los algoritmos? Asistencias, delegaciones y modulaciones en la nueva razón gubernamental. *Argumentos. Revista de crítica social*, 23, 33-59. [link]

Referencias bibliográficas

57

Berardi, F. (2007). *Generación Post-alfa. Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*. Tinta Limón.

----- (2019). El poder. En *Futurabilidad. La era de la impotencia y el horizonte de la posibilidad* (pp. 111-170). Caja Negra.

Castro, E. (2019). La noción de policía en los trabajos de Michel Foucault: objeto, límites, antinomias. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 46(2), 185-206.

Costa, F. (2017). Omnes et singulatim en el nuevo orden informacional. Gubernamentalidad algorítmica y vigilancia genética. *Poliética. Revista de Ética e Filosofía Política*, 5(1), 40-73.
https://www.academia.edu/36075668/Omnes_et_singulatim_en_el_nuevo

_orden_informacional._Gubernamentalidad_algor%C3%ADmica_y_vigilancia_gen%C3%A9tica

Costa, F. y Rodríguez, P. (2010). La vida como información el cuerpo como señal de ajuste: los deslizamientos del biopoder en el marco de la gubernamentalidad neoliberal. En V. Lemm (Comp.), *Michel Foucault: Biopolítica y Neoliberalismo* (pp. 151-173). Editorial Universitaria de la Universidad Diego Portales.

Deleuze, G. (1999). Posdata sobre las sociedades de control. En C. Ferrer (Comp.), *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo* (pp. 115-122). Altamira.

----- (2007). La analogía y los tres tipos de modulación. ¿Qué es la pintura? En *Pintura. El concepto de diagrama* (pp. 151-170). Cactus.

Foucault, M. (1991). Nuevo orden interior y control social. En *Saber y Verdad* (pp. 163-167). Ediciones de La Piqueta.

----- (1996). Omnes et singulatim. Hacia una crítica de la razón política. En *¿Qué es la Ilustración?* (pp. 17-66). Ediciones de La Piqueta.

----- (2001). El sujeto y el poder. En H. L. Dreyfus, y P. Rabinow, *Michel Foucault: Más allá del estructuralismo y la hermenéutica* (pp. 241-260). Nueva Visión.

----- (2006). *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Fondo de Cultura Económica.

----- (2007). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Fondo de Cultura Económica.

Freeman, S. (2017). *Because you liked... A study of automated music discovery and algorithmic culture.*
https://www.academia.edu/34494608/Because_You_Liked_

- Lury, C. y Day, S. (2019). Algorithmic Personalization as a mode of individuation. *Theory, Culture & Society*, 36(2), 17-37.
<https://doi.org/10.1177/0263276418818888>
- Rodríguez, P. (2018). Gubernamentalidad algorítmica. Sobre las formas de subjetivación en la sociedad de los metadatos. *Revista Barda*, 4(6), 14-35.
- (2019). *Las palabras en las cosas. Saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas*. Cactus.
- Rouvroy, A. y Berns, Th. (2016). Gubernamentalidad algorítmica y perspectivas de emancipación. ¿La disparidad como condición de individuación a través de la relación? *Adenda filosófica*, 1, 88-116.
- Sadin, É. (2017). *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*. Caja Negra.
- Simondon, G. (2009). La individuación física. En *La individuación a la luz de las nociones de forma e información* (pp. 45-90). Cactus, La Cebra.
- (2016). La amplificación en los procesos de información. En *Comunicación e Información. Cursos y conferencias* (pp. 137-162). Cactus.
- Tiqqun. (2013). *La hipótesis cibernética*. Hekht.